

## LA DAMA DEL VESTIDO BLANCO

Por: Ignacio Frías Rodríguez

El abuelito que fue peluquero, los fines de semana y en la víspera de alguna fiesta, trabajaba un poco más de lo común, debido a que los mineros el día que cobraban se hacían aseo general. Así resultó que un sábado el abuelito, un poco tarde, se dirigía a su casa por la calle Zaragoza y de repente, no supo de donde o como, apareció delante de él, caminando muy graciosa, una dama vestida de blanco, luciendo un abundante pelo negro que le llegaba abajo de la cintura. El caballero, con la fuerza física de un hombre bien desarrollado y atrevido, a pesar de los años, si así se le puede calificar, le soltó el primer piropo: “¿A donde vas muñeca?”.

No tuvo contestación, por lo que apretando el paso para acercarse le hizo otra pregunta: “¿No tienes miedo de que te puedan robar?”. Siguió: “¿No gustas que te acompañe?”. La dama no contestaba, ni volteaba, por lo que frente a “La Tapatía” se decidió a alcanzarle diciéndole: “No tengas miedo de mi, quiero acompañarte y platicar un poco”.

La mujer sin hacer caso apresuró el paso, lo que a su vez hizo el caballero. Caminaron un rato así y al llegar al Puerto de los Aguadores se decidió y alcanzándola estiró la mano para agarrarla de un brazo. En el momento que la dama volteó para mostrarse con la luz de la luna que estaba en lo alto del cielo, se pudo apreciar una flamante calavera.

El caballero quedó parado y la dama siguió rumbo al panteón sin duda alguna. Aminorados los efectos del gran susto el fallido conquistador se regresó a su casa que estaba a escasos cincuenta metros. Tocó y pidió que no prendieran luz, que cerraran y ya les platicaría por qué razones. Entró, se acostó y ya en la cama contó todo lo sucedido, a lo cual su cariñosa esposa calificó la acción y le dijo: “Eso es lo que merece un buen enamorado”.